


SERMON
PARA EL VIERNES
DE LA PRIMERA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE LA CONFESION.

In his jacebat multitudo magna languentium, cæcorum, claudorum, aridorum, expectantium aque motum.

En los Pórticos ó Galerías de la Piscina estaban echados en tierra muchos enfermos, cojos, ciegos, y paralíticos, y todos estaban esperando el movimiento del agua. *Joan. 5. v. 3.*

¿Qué piscina es esta, Católicos, situada cerca de la puerta de las víctimas? ¿Qué enfermos son estos que veo al rededor, y cuya mayor parte espera en vano la salud? ¿En qué consiste que solamente un paralítico de treinta y ocho años recobre una per-

perfecta sanidad, y que entre tantos enfermos escoja Jesu-Christo al mas desesperado, quando niega su socorro á otras enfermedades mas comunes y menos inveteradas?

Ya se os ha dicho muchas veces, Católicos, que aquella misteriosa Piscina, teñida con la sangre de las víctimas, representaba el sagrado baño de la penitencia, teñido con la sangre del Cordero, la que purifica nuestras conciencias, y cura todas nuestras enfermedades; aquellos enfermos que padecian todo género de males, que esperaban en las galerías, y entre los quales apenas se halla uno que merezca ser curado, nos representan la multitud de fieles que todos los dias llegan á este Sacramento con tan poco fruto. En el Paralítico que recobró la salud teneis la imagen de un pecador envejecido, el que movido de la desgracia de su estado merece la atencion de Jesu-Christo, y consigue la gracia de una perfecta libertad.

¿Pero de qué proviene, Católicos, el que este divino remedio sea tan inutil para muchos pecadores que llegan á recibirle? ¿Acaso las gracias de los Sacramentos han perdido algo de su primera virtud con la sucesion de los tiempos, ó con la duracion de los siglos? ¿Acaso las primicias de la sangre de Jesu-Christo recientemente derramada eran mas poderosas para la conversion de los pecadores en el nacimiento de la fé, que en estos últimos tiempos? ¿Sucede por ventura á la virtud de Dios lo que á las cosas humanas, que aunque sean perfectas en sus principios, siempre padecen por la fatal ley de los tiempos, y se debilitan con los años? ¿De qué proviene que no habiendose visto nunca tantos pecadores al rededor de nuestros Confesonarios, tampoco se hayan visto menos penitentes? ¿De qué proviene que un siglo en que la decadencia de las costumbres ha hecho tan necesario este remedio, en que la condescendencia de los Ministros, y las mismas mitigaciones de la disciplina le han hecho tan facil y tan familiar, falta poco para

que sea inútil? ¿De qué proviene finalmente, que en aquellos felices siglos, en que los penitentes postrados en los pórticos de nuestros templos esperaban tanto tiempo la gracia de la reconciliación, casi ninguno baxaba á la Piscina que no hallase en ella una segunda inocencia; y que hoy quando ninguno espera á las orillas de este sagrado baño, en que los Angeles del Señor casi no conocen la dilación, y conceden á las primeras súplicas de los pecadores la virtud de su ministerio, ¿de qué proviene que el mismo remedio parece que dilata los males en vez de curarlos?

Yo hallo para esto tres razones, figuradas en los tres géneros de enfermos de que hoy hace mención el Evangelio. Los primeros eran ciegos, *cæcorum*, y estos son aquellos pecadores que viniendo á manifestarse en el Tribunal de la penitencia no se conocen á sí mismos. Los segundos eran cojos, *claudorum*, y son aquellos pecadores que no guardan rectitud y sinceridad en la confesión de sus culpas. Los últimos eran los paralíticos *aridorum*, y son los pecadores insensibles que no llevan al Sacramento de la Penitencia afecto alguno de verdadero dolor.

Y ved aquí los tres defectos que hacen que la mayor parte de las Confesiones sean inútiles, por no decir sacrilegas; una falta de luz en el exâmen, *cæcorum*: Una falta de sinceridad en la manifestación de los pecados, *claudorum*: Y una falta de dolor en el arrepentimiento, *aridorum*. Sigamos esta idea fundada en nuestro Evangelio, la que nos dará instrucciones muy importantes en una materia de tanta utilidad para los fieles. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

LA ceguera es entre todas las penas del pecado la mas universal. No hay hombre que no sea ciego en ciertos asuntos, y que no se engañe á sí mismo por algun lado. El hombre casi siempre es un misterio para sí mismo; siempre reside el amor propio en su corazón y en su entendimiento; todo lo que vemos de nosotros mismos, lo vemos por entre una engañosa nube: solamente la vista de la fé puede disiparla y leer en este obscuro libro, como dice el Apostol; pero como no hay cosa mas rara que el valernos de la fé, tampoco la hay mas rara que el conocernos á nosotros mismos.

Esta falta de conocimiento de sí mismo que pone un obstáculo tan grande á la multitud de nuestras Confesiones, y que está figurado en aquella multitud de ciegos que están echados á orillas de la Piscina, *multitudo magna cæcorum*, nace de tres principios; el primero, que no nos exâminamos con tiempo y madurez; el segundo, que solo nos exâminamos segun nuestras propias preocupaciones; finalmente, el tercero, que nunca nos exâminamos acerca de todas nuestras obligaciones.

No nos exâminamos con bastante tiempo. Sí, Católicos, toda la vida del Christiano debe ser un exâmen, y una censura continua y secreta de sus acciones, de sus deseos, y de sus pensamientos. Como la inconstancia es el verdadero carácter de nuestro corazón, y como cada instante y cada objeto vé renacer en nosotros nuevas impresiones, si nos perdemos de vista un instante á nosotros mismos, ya no nos conocemos. En nuestro interior se forma una sucesión continua y rápida de deseos, envidias, temores, esperanzas, alegrías, pesares, ódios, y amores, y si no observamos continuamente estos diversos y ocultos caminos de nuestras pasio-

siones, no volvemos á vér ni los principios ni los fines. Ellas se confunden, por decirlo así, con su multitud; y nuestro corazon se hace un abismo que no podemos sondear, y del que nunca vemos mas que la superficie.

Luego es abuso el persuadirse que para ir al Tribunal de la Penitencia con un exácto conocimiento, despues de una vida distraída y mundana, basta dedicar antes de presentarse al Sacerdote algunos breves instantes á exáminar la conciencia. Unicamente la continúa vigilancia sobre todas nuestras acciones puede disponernos para la confesion de nuestras culpas; porque ella sola nos puede hacer patentes á nosotros mismos. Es necesario acostumbrarse á tomarse cuenta continuamente á sí mismo, entrar en juicio con nuestro corazon casi sobre cada una de nuestras acciones, y á lo menos en el silencio de la noche, como dice el Profeta, y despues que se han acabado cada dia las inutilidades, las cortesías, y las obligaciones de nuestro estado, presentar en nuestras manos nuestra alma al Señor, pensar en su presencia el uso que hemos hecho del dia que ha pasado, y con estos diarios exámenes de nuestra conciencia familiarizarnos, por decirlo así, con nosotros mismos, y disponernos para llevar á los pies del Confesor un corazon probado, y unas inclinaciones mil veces exáminadas.

Este es el exámen con que nos debemos disponer á la confesion de nuestras culpas; una atencion diaria sobre nosotros mismos; permitidme ahora, Católicos, que os pregunte, ¿si habeis llegado hasta ahora al Tribunal de la Penitencia con una conciencia probada de este modo? Toda vuestra vida es un continuo olvido de vosotros mismos, una vida llena toda de cuidados, de deleytes, y de inquietudes. Toda vuestra atencion se reduce á no estar un instante solos con vosotros mismos, á buscar diversiones que impidan el reflexionar sobre vuestro estado; el unico instante que dedicais á este exámen es un instante de mortal enfado que os consume, y cuya triste-

teza no podeis sufrir, ¿pues cómo quereis que un breve intervalo de tiempo que dedicais antes de la confesion á exáminar vuestra vida, un intervalo que apenas bastaria para calmar vuestra imaginacion, para desterrar las tumultuosas imagenes que en ella han dexado el mundo y los placeres, baste para registrar vuestro corazon, para aclararle, para conocerle, é ir á manifestarle al Sacerdote? ¿Cómo quereis que tantos deseos injustos como habeis formado, casi sin saberlo, tantas complacencias culpables, de que no habeis hecho caso, tantas intenciones sospechosas, que nunca habeis conocido, tantos cuidados por vuestro cuerpo, que procedian de un principio dañado, y que no habeis exáminado jamás, tantas pasiones, que naciendo en vuestro corazon bastaron para mancharle, pero por faltar las ocasiones mas bien que los deseos se han borrado ya de nuestra memoria? ¿Cómo quereis que este abismo en el que jamás habeis entrado la luz, se ilumine en un instante, y que una conciencia con la que nunca habeis vivido, por decirlo así, se os haga desde luego conocida y familiar?

Y así, ¿qué otra cosa vemos todos los dias en el Tribunal de la Penitencia sino ciegos que no se conocen á sí mismos? *Multitudo magna cæcorum.* ¿Qué otra cosa oímos mas que pinturas vagas y superficiales? La historia pública y exterior de los pecadores, lo público de sus desordenes, y ciertas caídas manifiestas, que siempre son efectos de mil caídas invisibles en que nunca han reparado, nos dicen, como hoy del Paralítico, el número de años que hace que están encenagados en su enfermedad. *Triginta & octo annos habens in infirmitate sua.* (a) Nos refieren la historia de su vida, pero ignoran la de su corazon; este

(a) Joan. 5. v. 5.

es el primer defecto de nuestros exámenes; no gastamos mas tiempo en examinarnos que el instante que precede á la confesion, y cada dia debiera ser un exámen que nos dispusiera para ella.

El segundo defecto de nuestros exámenes consiste en que nunca nos examinamos mas que segun nuestras propias preocupaciones; porque ¿qué es examinarse? Es poner a un lado las máximas de Jesu-Christo, y á otro aquella parte de nuestra vida que queremos conocer; vér en cada accion lo que el Evangelio manda, permite ó prohíbe; cotejar estas reglas santas con nuestras acciones, y por este paralelo, por el qual hemos de ser juzgados algun dia, juzgarnos anticipadamente nosotros mismos.

Pero en el exámen de la conciencia cada uno substituye á estas santas reglas las preocupaciones de su amor propio; porque este opone en secreto á todo lo que nos obliga unas preocupaciones, que ó lo impugnan, ó lo mitigan; unas preocupaciones del nacimiento, de las dignidades, de la ambicion, de el uso de las riquezas, de los peligros, de las costumbres; finalmente, unas preocupaciones contra todos los preceptos.

En punto de el nacimiento; la regla es que en Jesu-Christo no hay noble, ni plebeyo, y que no proponiendo el Evangelio mas que unas mismas obligaciones á los grandes y al pueblo, la elevacion de el nacimiento, en vez de ser privilegio, mas sirve de obstáculo, y por consiguiente debe considerarse como desgracia en orden á la salud eterna, porque nos hace mas difícil el cumplimiento de estas obligaciones. Esta es la regla por donde debemos examinarnos; pero la preocupacion dice que quanto mas distinguido es el nacimiento, mas debemos mirarle como una prerrogativa que mitiga para con nosotros las penosas obli-

ga-

gaciones de la ley que nos dispensa del aborrecimiento del mundo, del huir de los deleytes, y de las austeridades de este santo tiempo, y nos permite el que sintamos las injurias, el disimulo y el dobléz en las conversaciones, la altivéz en la autoridad, y la relajacion en las costumbres; y este es el modo con que nos juzgamos á nosotros mismos.

En punto de las dignidades; la regla es que éstas están establecidas para defensa y utilidad de los pueblos, y no para mantener la soberbia, y servir de fomento á los placeres de los que las poseen; y que el que es Principe, Ministro, Magistrado, hombre de república, lo es para los otros, y no para sí mismo. Esta es la regla; la preocupacion es que los cargos deben medirse por la costumbre, y no por su institucion. Nos atenemos á lo que hicieron nuestros predecesores; no examinamos lo que debieran haber hecho; nos parece que por ser legitimos sucesores de su autoridad, lo somos tambien de los abusos que siempre cometieron, y que los públicos desordenes que han llegado á nosotros por la tradicion son derechos inseparables de nuestros cargos; y de este modo nos examinamos acerca de las públicas obligaciones.

En punto de la ambicion; la regla es que estando obligados á vivir como estrangeros en la tierra, y á no amar al mundo ni á las cosas que en él hay, debemos temer todo lo que puede hacer demasiado amable nuestro destierro. Esta es la regla; y la preocupacion es pensar que los cuidados, los arbitrios, y los medios para elevarse, el sentimiento vivo y profundo de verse atrasado, la oculta disposicion de sacrificar nuestros coositores á nuestra fortuna, sino podemos elevarnos sino sobre sus ruinas, la oculta aversion á los que nos son preferidos; en una palabra, pensar que aquella ambicion dominante en que propiamente consiste toda la vida de la Corte, y que

es el alma de toda nuestra conducta, es una noble emulacion que nos inspira nuestra sangre, ó que son inclinaciones arregladas y prudentes, mas dignas de la razon que los frívolos deleytes, y los excesos á que se entregan los que no piensan con solidéz, y sacrifican su fortuna á sus deleytes; y examinamos nuestro corazon en la presencia de Dios por estas falsas ideas.

En punto de las riquezas, la regla es que no sois dueños absolutos de ellas; que vuestra abundancia es el patrimonio de los necesitados; que el Evangelio, y no el mundo, debe reglar el porte de vuestro estado. Esta es la regla; la preocupacion es, no tener jamás por excesivas las profusiones que puede mantener nuestra renta, ni aun aquellas que exceden á nuestras fuerzas, si las autoriza la costumbre; bien conocemos que atra-san nuestras casas, pero no que sean perjudiciales á la conciencia; y fundados en esta seguridad nos examinamos acerca del uso que hacemos de las riquezas.

Finalmente, en punto de las costumbres, la regla es que hemos de ser juzgados por los preceptos de Jesu-Christo, y no por las costumbres de nuestro siglo; que los malos exemplos, por mas universales que sean, nunca autorizan los abusos que condena la ley; y al contrario, que conformarse con la multitud es seguir el camino que guía siempre á la muerte. Esta es la regla; la preocupacion es que todo lo que está autorizado con el exemplo público no puede ser culpable. Todas las personas de nuestra clase y de nuestra edad, suele decirse, usan de estos adornos, se valen de este artificio para que sobresalga mas una vana hermosura, y para añadir á la obra del Criador una gracia que él no quiso poner en ella, y no hacen escrupulo de esto. Todos los de nuestro estado pretenden y solicitan los honores del Santuario, dicen unos, les parece que este es el único medio para conseguirlos. Casi

to-

todo el mundo, dicen otros, se vale de este medio para adelantar su caudal, y ya se tiene por lícito, y así todos viven tranquilos teniendo por lícitas sus acciones, fiados en el comun exemplo; la costumbre es nuestro único Evangelio, y pasa tan adelante la ilusion, que nos desdeñamos de acusarnos en la confesion de estas faltas, y nos parece razonable el violentarnos en algun modo para despreciarlas, porque las miramos como escrupulos pueriles de almas flacas y tímidas.

Esta es, Señores, una de las principales causas de la inutilidad de nuestras confesiones. Nadie se examina con las luces de la fé, y con las reglas del Evangelio; cada uno presenta en la confesion sus preocupaciones, en vez de presentar sus pecados. Nuestros errores son las unicas luces que nos sirven de guía, y el exámen de la conciencia sirve, para la mayor parte de los fieles, de esparcir sobre ella nuevas tinieblas. Por eso oímos todos los dias en el confesonario á unos pecadores que mezclan con la confesion de sus culpas las máximas del siglo y el idioma de las pasiones, que hablan como el mundo en un lugar destinado á condenarle; y que en el modo con que se confiesan culpables dán bien á entender que aun ignoran sus delitos.

Finalmente, el último defecto de nuestros exámenes es que nunca nos examinamos en orden á todas nuestras obligaciones, de padre de familias, de persona pública, de miembro del cuerpo de los fieles. No conocemos en nosotros sino los defectos personales.

Como Padre de familias, ¿habeis hecho de vuestra casa una Iglesia domestica? ¿Se os ha visto nunca á la cabeza de vuestros hijos ó de vuestros criados, ofrecer á Dios, como los Patriarcas, el sacrificio de la tarde y de la mañana, y las inocentes y comunes súplicas de una santa familia? ¿Habeis cultivado en

Qq 2

vues-

vuestros hijos la gracia de su bautismo, fiada á vuestros cuidados, criandolos en la fé y en la devoción? ¿Habeis confirmado vuestra doctrina con vuestro exemplo? ¿En el destino que les habeis dado, habeis atendido mas á su salvacion que á vuestros propios intereses? ¿No han sido vuestras disposiciones las que han decidido de su vocacion, y no las ordenes del cielo? ¿Os habeis mirado como padre y pastor de vuestra familia? ¿No os habeis olvidado de que el despreciar su alma es ser peor que un infiel? ¿Dónde están los que en el exámen de su conciencia reparan en todas estas circunstancias de la fé y de la religion?

Como miembro del cuerpo de los fieles debeis servir á vuestros próximos de edificacion, y de espectáculo de una vida arreglada e irreprehensible. Quanto mas ensalzados esteis, mas rigurosa es vuestra obligacion en este particular, porque vuestro exemplo es por esa misma razon mas util ó mas peligroso. Ahora bien, ¿qué de imitadores no ha dado vuestra clase á vuestros desórdenes? ¿Quántas almas han perecido por haber servido á vuestros placeres y á vuestras pasiones? ¿A cuántas habeis engañado con vuestras persuasiones, arrastrado con vuestra autoridad, y entibiado con vuestras irrisiones y censuras? ¿Muger del mundo, cuántos corazones ha corrompido la libertad de tus conversaciones, la indecencia de tu porte, y el escándalo de tus costumbres? Aquellos hombres débiles que han perecido tantas veces á tu vista, y cuya flaqueza tanto lisongeaba á tu vanidad; aquellos infelices criados, delante de los quales te presentabas sin precaucion, ó á quienes empleabas en unos cuidados de tu cuerpo, de los que nunca salia entera su inocencia? ¿Qué delitos estos! ¿Y con todo eso, ni aun escrúpulo hacemos de ellos!

Finalmente, sois hombre de republica, ¿qué desgracias no han ocasionado á los pueblos vuestra inacion,

cion, vuestra flaqueza, vuestra complacencia, vuestra obstinacion, y aun acaso vuestros particulares intereses? ¿A cuántos malos protegisteis? ¿A cuántas personas honradas despreciasteis? ¿A cuántos inocentes oprimisteis? ¿A cuántas violencias é injusticias ha servido de pretexto vuestro nombre por la excesiva confianza con que os habeis entregado á unos subalternos iniquos y corrompidos? ¿De qué infinidad de delitos, que nacen unos de otros, no habeis sido causa, los que os ha de imputar el mismo Dios? Sondead ese abismo, si podeis: ¿Y con todo eso ni siquiera le mirais?

Estos son los ciegos que están echados sobre la orilla de la Piscina, los que no curó el Salvador: *Multitudo magna cæcorum*. Por eso nos admiramos todos los dias de que unas personas que viven en aquel genero de mundo que condena Jesu-Christo, en la ociosidad de las conversaciones, y en los peligros de las concurrencias, en los deleytes del juego y de los espectáculos, en la vanidad é indecencia de los adornos, en los movimientos de la ambicion, y en las locuras de las concurrencias, en la sensualidad, y muchas veces en el exceso de los banquetes, nos admiramos de que estas personas no tengan casi nada que decirnos quando vienen al Tribunal de la confesion á manifestarnos las llagas de su conciencia; que les cueste trabajo el hallar de que acusarse; y que reduzcan la relacion de un año entero de vida mundana á tan corto espacio de tiempo, que apenas bastaria para referir las culpas que han cometido en un solo dia: Nos admiramos, vuelvo á decir, quando al mismo tiempo una alma justa repasa á nuestros pies, en la amargura de su corazon, algunas leves imperfecciones que la aumenta su piedad; descubre, aun en sus virtudes, materia de acusacion y penitencia; nunca acaba de referir sus flaquezas; la parece que los movimientos involun-

luntarios de la naturaleza son actos libres de la voluntad; la parece ver en unos movimientos, que empiezan á nacer, toda la vergüenza del consentimiento, y no ve en el repentino sacrificio que ella hizo todo el merito de una fiel resistencia. Desconfia aun de las luces del sagrado Director que la gobierna y asegura; y como Pedro en el exceso de su oracion en Joppé, cree ver objetos inmundos y prohibidos por la ley, aun quando un Embaxador celestial condena sus temores, y le permite que use de ellos.

¿De qué proviene esta diferencia? De que el uno vela continuamente en guarda de su propio corazon, y el otro no se examina hasta que ha de ir á confesarse. El uno se juzga con las luces de la fé, y el otro con las preocupaciones de su amor propio. Finalmente, el uno conoce todas sus obligaciones, y las reflexiona; el otro no se examina mas que acerca de algunas obligaciones mas palpables y mas conocidas, de las que tambien ignora la extension y conseqüencias. Por eso, ó Dios mio, derramais vuestras luces sobre el justo, y castigais los desordenes del alma mundana, permitiendo que los ignore. Pero no solamente falta la luz necesaria á nuestro exâmen, sino que tambien faltamos á la sinceridad en la manifestacion de nuestras culpas.

SEGUNDA PARTE.

Nada le cuesta al hombre mas repugnancia que el confesarse culpado. Como la soberbia es nuestra principal inclinacion, y por otra parte el interior conocimiento de nuestras culpas no nos permite el ignorar que si nos manifestamos como en la realidad somos, merecemos el mayor desprecio, tenemos una grande inclinacion al disimulo en orden á lo que

pa-

pasa en nuestro interior; toda nuestra vida es un continuo disfráz; en todas nuestras acciones fingimos lo que no somos, y nunca somos lo que manifestamos. Esta es la condicion del hombre. Como nació soberbio y miserable, no puede parecer grande sino mostrando lo que no es, y el disfráz es el único recurso de su vanidad.

Pero lo mas deplorable es que nuestra soberbia toma tambien parte en nuestras humillaciones; que la confesion de nuestros delitos es las mas veces un artificio culpable que los desfigura; y llevamos el disimulo hasta los mismos pies del Tribunal terrible adonde vamos á manifestar los secretos de nuestras conciencias, y á juzgarnos delante de Jesu-Christo. Esta es la segunda especie de pecadores, figurados en los cojos de nuestro Evangelio: *Multitudo magna claudorum*. Esto es, de aquellos pecadores que no caminan á Dios por el camino derecho, y que no llegan al sagrado baño de la penitencia con aquella reñitud y aquella sencillez de corazon que cura la herida descubriendola. Confieso que se hallan pocas de aquellas almas infames y malditas de Dios, que deliberadamente vienen á mentir al Espiritu Santo, á ocultar al Sacerdote los horrores de una conciencia corrompida, á insultar á la religion hasta en el mismo lugar del arrepentimiento, y de la misericordia, y á hacer del Sacramento que nos absuelve el mayor de todos sus delitos. Para unas almas de esta especie se necesitaba de rayos, y no de instrucciones, ó no hablarlas, sino como habló en otro tiempo San Pedro á Ananías y á Saphira, que fueron el funesto exemplar de los que vienen á los pies de los Ministros á mentir al Espiritu Santo. Este genero de disimulo supone una total extincion de la fé y del temor de Dios, de lo que pocas almas son capaces.

Pero hay otra especie de disimulo de que no

se

se hace escrupulo, que mezcla con la confesion del delito los artificios y disfraces de la soberbia; que no manifiesta del todo la conciencia, y juzga haberla manifestado suficientemente; que descubre el pecado, y oculta, por decirlo así, el pecador. Este defecto, pues, de rectitud y de sinceridad, tan frecuente en el Tribunal de la penitencia, consiste, ó en no usar de expresiones claras, ó en callar los motivos y principios de las acciones, ó en manifestar por la parte que nos es mas favorable aquellos puntos dudosos que admiten varios sentidos.

Dixe; ó en no usar de expresiones claras; sí, Católicos, el primer cuidado de la mayor parte de los pecadores, quando se disponen á la penitencia, no es el conocer sus defectos, sino meditar en qué terminos se los han de dar á conocer al Sagrado Ministro que los ha de oír. La cuidadosa disposicion de tales expresiones que suavicen el horror de sus delitos es casi el único examen, y la única preparacion que precede á sus confesiones; y el hallarse dispuestos para recibir el Sacramento consiste precisamente, en esta especie de pecadores, en haber hallado, despues de muy secretas pesquisas, aquel modo de confesarse culpados que dé menos á conocer sus faltas.

Lo primero, pasan rápidamente por las mas vergonzosas llagas de su alma, temiendo detener mucho en ellas la atencion del Ministro; encierran en una sola palabra las mas vergonzosas caídas; las refieren en unos intervalos tan felices, que se le escapan al Sacerdote, aun casi antes de que pueda conocerlas; y quedan muy contentos quando han conseguido confesarle sus delitos, de modo que él quede ignorante de ellos.

En segundo lugar: callan unas circunstancias y unos incidentes aun mas vergonzosos que el mismo delito, y los que solamente pudieran dar á conocer todo el exceso de su corazon, y toda la indignidad de su estado.

No

No hablo aqui de aquellas circunstancias que mudan la naturaleza del pecado; hablo de las que le agravan y descubren toda la baxeza de nuestras inclinaciones, y toda la vergüenza de nuestras flaquezas; los vergonzosos medios de que se valieron para inspirar una passion, los pasos detenidos y otras tantas veces renovados, las elecciones indignas que solamente puede justificar el furor, los deseos de que se avergonzaban, y que procuraban ocultarse aun á sí mismos: ¿y qué sé yo? suprimen todas aquellas circunstancias que los darian bien á conocer, y substituyen con destreza á aquellos terminos precisos que sugiere la simple verdad, y con los que manifestarian su alma, unas expresiones vagas y generales, que aunque descubren sus acciones, no manifiestan su corazon.

En tercer lugar; nos acusamos de buena gana de ciertos defectos que nos son gloriosos segun el mundo; introducimos en la confesion de nuestras culpas la generosidad de nuestro corazon, los talentos del cuerpo y del espiritu, los títulos del nacimiento, las utilidades del favor ó de la fortuna; mezclamos con destreza lo que nos ensalza á vista de los hombres, con lo que nos humilla delante de Dios; y casi sentimos mas vanidad en estas frívolas distinciones que no son nuestras, que confusion y dolor de los delitos que nos son propios.

Finalmente, por no descubrir toda la vergüenza de una larga y antigua costumbre buscamos para cada confesion una nueva guía, y un nuevo testigo de nuestras flaquezas; las contamos como culpas sucedidas despues de la última penitencia; no manifestamos mas que las extremidades y los mas nuevos progresos de la herida; no cuidamos de sondear toda su profundidad, y manifestar la antigua corrupcion; sepultamos lo pasado en un disimulado silencio; tememos que nos conozca de-

masiado el Medico de nuestra alma; quitamos, como temblando, la mitad del velo que cubre los vergonzosos misterios; ocultamos con unas hojas, como el primer pecador, su vergüenza y su ignominia; y yendo á manifestarnos, conseguimos el no ser conocidos.

Pues, Católicos, además de que el language del dolor es un estilo humilde, sencillo, natural y sincero; además de que una alma verdaderamente movida no sabe disimular sus faltas, ni escusarse de ellas, y que el confesarlas con estos rodeos y disimulos es confesar solamente que no nos arrepentimos; además de esto, si esta confesion se hiciera á los hombres que no vén lo íntimo del corazon, y solamente á ellos manifestaseis vuestras conciencias, pudierais sacar por fruto de vuestro disimulo y de vuestros artificios el haberlos ocultado á vuestro juez; pero venís á hablar con Jesu-Christo que os conoce, que ha sido invisible testigo de toda la historia secreta de vuestra vida, que lee en vuestro corazon, como en un libro abierto, lo mas vergonzoso que ocultais en él, y que al mismo tiempo que vosotros procurais con vuestros disfraces ocultaros á su vista, está insultando á los ridículos esfuerzos de vuestra vergüenza, y os dice, como en otro tiempo un Profeta á aquella Reyna de Israel, que disfrazada con vestidos agenos creyó poder ser desconocida del hombre de Dios, y engañar la luz del ministerio profético; *Quare aliam te esse simulas?* (a) ¡Oh alma tan indigna de mi vista! presentate como en la realidad eres, y como yo te conozco; no eres tú lo que pareces por esas exterioridades con que te disfrazas; quita la mascara á ese corazon, cuya miseria estoy yo viendo; manifiesta esas obras de tinieblas del mismo modo que mi vista las ha iluminado en tu interior; destruye todo ese es-

(a) 3. Reg. 14. v. 6.

tudiado aparato que engaña á los hombres, pero no puede engañar al que penetra los corazones. *Quare aliam te esse simulas?* Que necio eres en creer que unos lienzo delgados pueden ocultar tu vergüenza á la vista de aquel que penetra hasta los mas profundos abismos; aun mas necio eres en ocultar la antigüedad y corrupcion de tus males á aquel Señor de quien solamente puedes alcanzar la libertad: *Quare aliam te esse simulas?* Primer defecto de sinceridad, que consiste en no usar de expresiones claras.

El segundo se halla en los motivos y en los principios de las acciones, á los que nunca llegamos. Y á la verdad, como la disposicion del corazon es la que decide de nuestras obras, debemos exâminarla para conocer el mérito ó demérito de ellas. Del tesoro de nuestro corazon, dice Jesu Christo, se saca la realidad tanto de nuestras virtudes como de nuestros vicios; allí están nuestras acciones como son en sí mismas, y á la vista de Dios; y así debemos considerar todo lo que hacemos segun el motivo porque lo hacemos, y pesar todas nuestras acciones dentro de nuestro corazon. Esthér es inocente, aunque en los dias solemnes se pone los mas ricos ornamentos de su dignidad real, porque esta vana pompa la molestaba, y su corazon era sencillo y sincero. Jezabél es delinqüente quando se dexa vér rodeada de fausto en las ventanas de su palacio de Samaría, porque aunque era el mismo el cuidado del adorno, ocultaba muy distintos deseos. Salomon no desmerece los favores del cielo por exponer toda la gloria y magnificencia que le rodea á vista de una Reyna estrangera, porque en el esplendor y abundancia de su reyno no contemplaba mas que la protección y beneficios del Dios de sus padres. Ezequias provoca la indignacion del Señor sobre toda su posteridad, por descubrir con complacencia á los Embaxadores de Babilonia los tesoros del templo, y las rique-

zas de su palacio, porque su corazon se ensobrecia con esta prosperidad, ponía en ellas una vana confianza, y fundaba en ellas mas que en los socorros del cielo la seguridad de Jerusalén, y la esperanza de sus victorias. El corazon, pues, es el que decide de todo el hombre; pero este mismo corazon es el que nunca descubrimos en el tribunal de la penitencia; decimos las acciones, pero no sus motivos; referimos los pecados, pero no manifestamos la conciencia.

Y así, os acusais de que habeis hablado mal de vuestro próximo, pero no decís que todo su pecado para con vosotros consiste en sus talentos, en su reputacion, ó en su fortuna; que siempre habeis sido envidiosos, que todo lo que os hace sombra ofende á vuestra soberbia, y que este es el motivo de vuestras censuras, de vuestros enfados, y de las sátiras que haceis contra aquellos de quienes no gustais, porque son mucho mas que vosotros.

Nos contais vuestros excesos y vuestras antipatías contra aquella persona á quien estais unidos con un sagrado lazo, pero no decís que son unas aficiones frívolas y estrañas las que os inspiran ese mal humor, que estais sosegados en los excesos de los placeres, é insufrible en la tranquilidad de vuestra casa, y que vuestro corazon demasadamente entregado al mundo y á las diversiones, no puede entregarse á la obligacion.

Os confesais culpables de algunos deseos de agradar, pero no decís que toda vuestra atencion y cuidado, y todos los pasos que dáis no tienen mas fin que el de inspirar la infame pasión á un objeto por quien interiormente está ya apasionado vuestro corazon; que este veneno se derrama en todas vuestras acciones; y que todo lo que haceis está contaminado con esta intencion.

Finalmente, nos manifestais aquellos secretos combates que pasan entre la flaqueza de vuestra carne y

yues-

vuestro corazon, y aquellos movimientos dudosos de la ley de los miembros en que tanto trabajo cuesta, aun á vosotros mismos, el distinguir de qué parte ha estado la victoria: ¿pero acaso decís que amais todo lo que aviva y enciende aquella funesta pasión? ¿qué vivís entre las ocasiones que la despiertan? ¿qué fue como la primer herida de vuestro corazon, y el primer escollo de vuestra conciencia? ¿qué todas las infidelidades de vuestra vida han tenido su origen de esta fatal inclinacion; y qué ella es el fundamento y el alma de todas vuestras costumbres?

Y así, concluida la confesion de vuestras culpas, ¿os conoce el Confesor como vosotros os conoceis á vosotros mismos? ¿No se engañará en la idea que forma de vosotros? ¿Vé acaso la raíz de vuestras pasiones, y los motivos de vuestros sentimientos? ¿Vé la ocasion y la temeridad de las tentaciones y peligros? ¿Vé vuestra flaqueza en las recaídas, y vuestras infidelidades en las resoluciones que mil veces habeis violado? en una palabra, ¿os vé á vosotros en vosotros mismos?

¡Ah! casi siempre es necesario que el Ministro de la confesion adivine el estado de vuestra alma; que se aproveche de algunas expresiones, que se os escapan á pesar vuestro, para conocer vuestro corazon, y aclarar los misterios que le habeis ocultado; es necesario que solamente con veros, y sin que vosotros se lo digais, como hoy Jesu-Christo viendo al Paralítico, conozca con las luces de su ministerio que vuestros males han echado profundas raíces, y que ha mucho tiempo que vivís encenagados en las vergonzosas pasiones: *Hunc cum vidisset Jesus jacentem, & cognovisset quia jam multum tempus haberet*: (a) No os manifestais vosotros, sino que el Sacerdote con los santos artificios de

(a) Joann. 5. v. 9.